

turada María de la Cabeza, por orden que para esto tenía del Muy Reverendo P. Fray Gaspar de la Puente, Provincial actual de la Provincia. Pusieron la urna en el coche, y entrando en él el padre guardián y los dos caballeros, tomaron su camino y, reduciendo el viaje a menos horas que leguas, pasaron la Santa a la Corte de Madrid, el lunes 27 de febrero del año 1645, siendo Sumo Pontífice Inocencio X, y el Rey de España, Felipe IV».

Por la anterior descripción, más que otra cosa, parece robo o rapto esta casi clandestina traslación, «executada sin noticia de la Comunidad» y, mucho menos aún, con conocimiento, aquiescencia y sanción del pueblo de Tordelaguna.

Cuando los vecinos de Tordelaguna tuvieron noticias de esta traslación, arrebatados de aquel espíritu de devoción que puede degenerar en furioso celo y alborotados en gran manera, pasaron de las quejas a las amenazas y de éstas a los hechos, clamando contra los religiosos, culpándolos de la pérdida de aquellos sagrados restos, que tenían en más estimación que el más precioso tesoro, dirigiéndose tumultuariamente al convento de la Madre de Dios, pretendiendo vengar en los religiosos la falta de las reliquias como delito propio de aquella Comunidad.

Temiendo los frailes que la razón no bastase a sosegar aquel popular motín, cerraron las puertas de iglesia y convento. Cuatro días estuvieron los religiosos sitiados, durante los cuales los sitiadores no permitieron que aquéllos recibieran ninguna clase de víveres ni aún agua; cuatro días, durante los cuales los cercados frailes aguantaron los disparos de una artillería de agravios y de vulgares desenvolturas, en las que los amotinados juraban que no dejarían religioso vivo, a menos que inmediatamente la villa de Madrid devolviera a Tordelaguna los huesos de la Santa.

Muchas y respetables fueron las personas que trataron de mediar en tan grave conflicto, pero los amotinados, sin querer escucharlas, se dispusieron a quemar el convento con todos sus moradores dentro, para lo cual ya habían preparado un buen número de gavillas de sarmientos.

Sólo en el último momento hubo de detenerlos la consideración de que en la iglesia conventual se encontraba el por ellos venerado Cristo de la Salud, que la Reina doña Isabel la Católica dió al venerable Cardenal Cisneros, y que éste, a su vez, cedió por donación perpetua a dicho convento, y que es el mismo que hoy se guarda en la capilla del lado del Evangelio en la iglesia parroquial de Torrelaguna.

Para allanar la dificultad que su devoción ponía, determinaron sacar el Cristo de la Iglesia echando abajo la puerta de la misma con el ariete de una gran viga.

Al tiempo de estar ejecutando tan furioso atentado, la decidida actitud e intervención del muy respetado caballero don Luis de Monroy, espada en mano y secundado por don Francisco Arias y por otros caballeros, logró entretener al enfurecido pueblo, dando lugar a que los religiosos cubrieran de corporales toda la mesa del altar, sobre los que desparramaron Formas consagradas para que, si entraban, ninguno se atreviese a subir sobre el ara para descolgar y bajar al Santo Cristo.

El ya mencionado Fray Nicolás Joseph de la Cruz, al comentar el motín de Tordelaguna, lo disculpa y justifica con estas exactas palabras: «Extrañará un tumulto tan ríguoso, qual jamás se vió en él; pero si bien se considera el principio (fué la gran devoción a la Santa) y el fin (sería, a mi entender, solicitar con las noticias del rigor la recuperación de las reliquias), mirará el exceso en los medios con menos extrañeza, y aún alabará tanta estimación de la Santa, tanto aprecio de las cosas sagradas y tanta devoción y fe en un pueblo, que si se excede es de puro cristiano».

Una vez sosegados los ánimos, vino a Madrid una comisión de vecinos de Tordelaguna, provista de los necesarios poderes para reclamar en juicio los restos de la Santa, y ya estaba bien adelantada la demanda puesta en el Consejo Real de la Villa y Corte por el clero y pueblo tordelagunense, como lo justifican jurídicamente don Esteban de Velasco y don Joseph Ximénez: «Y el no llegar a estado de sentencia fué —dice Velasco— porque el Rey *insinuó era su voluntad se quedase allí el cuerpo para tratar más bien de la beatificación y canonización de la sierva de Dios*».

¡Pobre pretexto! Más bien Real capricho y arbitrariedad de la católica Majestad de Felipe IV —de aquel mismo Felipe IV al que hubieron de hacer creer en la muerte de aquella monja, a la que él turbaba con sacrilego cortejo—, y que quizá pretendía monopolizar para sí los milagros y la protección de las santas reliquias, sin tener en cuenta que el motín de Tordelaguna muy bien podía representar

en aquel momento la no comprendida voz de Dios: «Vox pópuli, vox Dei».

Y, si fué cierta, pobre argumentación también la del cuarto Felipe. Que cuando hay causa y motivo y santidad, para reyes, dignidades y hombres debe ser indiferente el sitio en que se encuentren los restos mortales de un futuro santo, y el lugar que ocupen no será motivo ni tendrá influencia en el curso de un proceso de canonización. Que cuántos beatos, mártires y santos han subido a los altares desconociéndose en absoluto el paradero de sus cuerpos. Y si lo que pretendía el piadoso Monarca era dar a la Santa más honorífico acomodo, ninguno podía haber más digno y de su gusto que la tierra del suelo de su querida ermita del Jarama, y que cerca de su amada Virgen ya había sido elegido por ella misma para su eterno reposo.

Cuántos pequeñas cosas pasan a nuestro lado sin que apenas prestemos atención y que, a cambio de dedicarles un poco de tiempo y de imaginación discurriendo sobre sus posibles significados, nos llevan a conclusiones maravillosas y sorprendentes.

Y tanto si el análisis de los hechos es superficial, como el que surge espontáneo al correr de la lectura de las páginas que los diferentes biógrafos han dedicado a los Santos Labradores, como si aquél es más detenido y profundo, nos encontramos con que, a través de los tiempos, el fundamental deseo de los Santos esposos ha sido sistemáticamente contrariado. Y no sólo para los que bien hubiera podido pasar desapercibido el resultado del análisis de los hechos, sino para aquellos otros que en modo alguno pudieran darse por no enterados de tan claro y patente deseo, como puede serlo aquella disposición testamentaria de María Toribia, en la que taxativamente manifestó su expresa voluntad última de que sus restos reposaran en paz y para siempre en la tierra de la ermita del Jarama.

Hay, por otra parte, cosas que no compaginan bien con la supuesta firmeza del ya aludido deseo del Rey Felipe IV.

Es evidente que todos los acontecimientos relatados debieron tener gran resonancia en los medios palatinos como reflejo de la gran devoción que Santa María de la Cabeza debió despertar en el Rey y en su Corte. Y en el Real Alcázar, ocupando una posición especialísima y privilegiada, vivía don Diego de Velázquez, el cual en aquellos casi cuatro años anteriores a su segundo viaje a Italia —1645 a 1648—, debió vivir y ver en aquellos días la exaltada devoción a Santa María de la Cabeza.

No deja de extrañar que la piadosa Majestad de Felipe IV, que tan ocupado debía andar por aquella época en las gestiones de santificación de la bienaventurada María Toribia, y aunque sólo fuera para satisfacer su devoción por la misma —si es que esta devoción existió sinceramente en el corazón del Rey—, o para su recreo espiritual, y ya que lo hizo tantas veces, no sugiriera a su pintor favorito —o, mejor dicho, a su único pintor— que perpetuara algún pasaje de la vida de la Santa. ¿Es que a tan devoto Monarca no se le ocurrió insinuar siquiera un tema tan sugestivo a su pintor dilectísimo? ¿O fué que al pintor —y cómo extraña esto en Velázquez y en su aguda sensibilidad— no le llegó a impresionar lo que en torno suyo ocurría, hasta el punto de que el ambiente no llegara a inspirarle un motivo? A él, que en inevitable concesión a época y ambiente, no desdeñó pintar temas místicos —que ahí están de su primera época o modalidad «Cristo en casa de Marta», «La Inmaculada Concepción», «San Juan Evangelista», «La adoración de los Reyes», «Cristo en Emmaus», «San Juan Bautista en el desierto», «San Pablo» y «La imposición de la casulla a San Ildefonso», y de su época segunda, en parte coincidente con los hechos que nos ocupan, sus dos «Cristos crucificados», «La tentación de Santo Tomás de Aquino», «Jesús después de la flagelación», «San Antonio Abad y San Pablo ermitaño» y «La Coronación de la Virgen»—, aunque más le agradara pintar tipos y escenas populares. ¡Que qué no hubiera podido hacer Velázquez escribiendo en colores de óleo cualquier pasaje milagroso de la vida de la Santa sobre aquel fondo, para él tan querido, de la Sierra de Guadarrama!

Hay en la vida de los santos esposos tantas pruebas de su deseo de permanecer separados, tanto en vida como después de su muerte, que es difícil resistirse a reseñarlos.

Ese deseo debió ser muy bien comprendido por el Sabio Rey Alfonso X cuando en su sabiduría honró a ambos santos, pero a cada uno en su lugar correspondiente: a Isidro, en Madrid, y a Santa María de la Cabeza, en la ermita de Nuestra Señora de la Piedad.

Es también sugestivo y terminante el hecho de que en vida, y a

raíz de la milagrosa salvación del hijo del santo matrimonio, caído al pozo de su casa de Madrid, Isidro y María decidieron vivir, en adelante, como hermanos. Poco después de este acuerdo se trasladaba María a Torrelaguna, de la que sólo volvió a salir hacia Madrid para acompañar a Isidro en sus últimos momentos, reintegrándose para siempre a la Villa jarameña después de ocurrida la muerte de aquél. Y al ir a acacer la muerte de María Toribia y puesta a elegir en aquel momento entre el deseo humano de acompañar a su esposo en la sepultura del cementerio de San Andrés, de Madrid, o el espiritual de ser enterrada cerca de su amada Virgen de la Piedad, no dudó en disponer lo último.

Pasados los años, las reliquias de Santa María de la Cabeza, que hasta 1697 estuvieron depositadas en el Archivo Consistorial, fueron trasladadas al oratorio principal del Ayuntamiento en aparatosa y solemne ceremonia celebrada en Madrid, y en la que, entre otros, el por entonces Rey Carlos II, ayudó a colocar en el altar el arca de las reliquias. En la misma ceremonia, el Cardenal Portocarrero «intimó pena de excomunión para que se tuviese y conservase la urna en aquel sitio, sin innovar cosa alguna, sino con intervención y mandato suyo, y según se tuviere por mayor servicio de Dios». Y aunque no se expresó el motivo de esta excomunión, bien puede presumirse que fuese para tratar de poner fin a las mantenidas pretensiones de la villa de Torrelaguna, determinada a que le fuesen devueltas las reliquias de Santa María de la Cabeza. Mas sea lo que fuere, no tardó el mismo Cardenal en tener que levantar la excomunión a instancias del mismo Carlos II, para que pudieran ser trasladadas a Palacio las reliquias en ocasión de la última enfermedad del último de los Austrias el 4 de febrero del año 1700.

Están, pues, la vida terrenal y la celestial de María Toribia llenas de episodios que, meditados cuidadosamente, llevan a una única y sorprendente conclusión: la de que si en vida, por inspiración del cielo, quisieron ella y su esposo terminar sus días separados, separados quisieron haber continuado después de muertos.

Es una última voluntad que, a gritos, predicán de continuo los grandes y los pequeños hechos de la vida de la Santa. ¡Que para eso ella eligió sitio donde vivir y tierra en la que reposar! Es un caso de patente y sostenida irrespetuosidad para con la última voluntad de Santa María de la Cabeza, que teniendo como punto de partida un Real y arbitrario capricho, seguido sumisamente por je-

rcarcas, regidores y dignidades (sin que uno solo, salvo el pueblo y clero de Torrelaguna, osara contrariarlo), el que vino a oponerse a lo que en justicia, por parte de lo terreno, y en respeto y devoción, por parte de lo espiritual, debiera haber sido, por haberlo dispuesto así una última voluntad; que los últimos deseos de los vivos deben ser siempre respetados, y más si éstos, después de morir, pasan a ser santos.

Aquel expolio que para Torrelaguna supuso la traslación de las reliquias a Madrid, debió causar una gran decepción entre sus devotos habitantes, acrecentada por la injusta pérdida de sus esperanzas de recuperación. El saber que las reliquias de la Santa estaban entre ellos, próximas a sus corazones, mantenía en sus almas una devoción, en la que participaban todos los pueblos ribereños del Jarama. No es, pues, de extrañar que a la infundada negativa a su justa demanda, y al correr de los años, la fervorosa llama del culto a la Santa, si bien nunca apagada, sí se fuera atenuando hasta nuestros días.

Pero hora, actualmente, empiezan a pasar cosas.

Mi fugaz visita a Torrelaguna me ha hecho vivir profundamente las inquietudes de algunas personas de buena voluntad, que, con su tesón y amor a su tierra, han empezado a revolver las casi frías cenizas del olvido hasta conseguir que éstas, si no llama todavía, vuelvan a dar calor. Y su idea me ha llegado a calar tan hondo que, sin yo pertenecer, por nacimiento, ni al lugar, ni a la provincia, sin siquiera ser castellano, me ha ganado su belleza.

Que si es importante que los montes se pueblen de árboles, que esos árboles crezcan, protejan a la tierra de la lenta agonía de la erosión y que den sombra; que los lugares, pueblos y villas no carezcan de agua ni luz; que la instrucción y la cultura se abran paso hasta los más apartados rincones, no debe tampoco olvidarse que también el espíritu requiere su parte y que, sobre todo en este caso, y ya que se ha resucitado su romería y su devoción, no se le niegue a María Toribia de Caraquiz su inalienable derecho a reposar en un pedazo de tierra en el interior de una reconstruida ermita, y que su santa cabeza pueda volver a reclinarse para reposar a los pies de una nueva imagen de su amada Virgen de la Piedad, donde pueda ser venerada por todos los campesinos del orbe católico, en un, también, reconstruido altar, en el interior de esa ermita de la orilla derecha del Jarama.

M. M. L.



*Los peregrinos, de rodillas, ante las imágenes de Santa María de la Cabeza y San Isidro, en una de las últimas romerías celebradas en Torrelaguna.—(Fotos Pastor.)*



# VIVIENDAS, SALARIOS Y PRECIOS

UNA vez más la palabra de José Antonio Girón ha sacudido la esperanza del país de punta a punta. Este gran Ministro de Franco no habla nunca por hablar ni prodiga tampoco mucho sus discursos. Habla cuando tiene cosas importantes que decir y nada más. No acostumbra a perder el tiempo con palabrería ni promesas que no se hayan de cumplir. Ahí están sus discursos y ahí están las obras, que unas veces preceden y otras veces siguen a sus palabras, para comprobar que éstas siempre se traducen en hechos. La actividad sinuosa y artera de quienes no se resignan a la menor merma de sus apetencias, pone en línea sus mejores armas contra toda obra de gobierno que pueda disminuirlas. Indudablemente estas resistencias retrasan la resolución de nuestros problemas, pero no cabe duda tampoco de que, al fin, ellas van siendo vencidas y alcanzados los fines propuestos.

Viviendas, salarios y precios. He aquí tres problemas básicos de nuestro país a los que ha llegado la hora de la resolución. Este fué el anuncio que Girón hizo en su discurso. Es un esfuerzo gigantesco que no sería posible realizar sin una cuidadosa obra de gobierno anterior, poco lucida y hasta ingrata muchas veces, preparatoria de las condiciones necesarias para llegar a este momento. Para comprenderlo basta meditar unos minutos en el esfuerzo que significa la movilización de sesenta mil millones de pesetas, en un plazo de cinco años, que es la cifra que se requiere para resolver el primero de los problemas citados: el de la vivienda. En cuanto a los otros dos, el esfuerzo ha de ser más gigantesco aún, puesto que intervienen muchos factores de índole tan delicada y tan incoercible y, a la vez, de tal volumen económico, que todas las previsiones para asegurar el éxito han de ser pocas.

La acogida dispensada a los propósitos es buena garantía del triunfo de los mismos. Hay que tener esperanza y optimismo y hay que ver la manera de cooperar a esta labor. Aunque Girón se refiriera principalmente a los arquitectos, contratistas, entidades, constructores y, en general, a cuantos han de intervenir en el desarrollo del gigantesco plan de construcciones, el llamamiento nos alcanza a todos. Junto al problema de la vivienda están los otros dos, precios y salarios, no menos básicos ni menos urgentes que aquél, y el Ministro los abordó igualmente, con la valentía, que es una de sus mejores características, y la claridad que pone siempre en sus palabras.

Desde ahora mismo podemos asegurar que no quedará defraudada la ilusión con que han sido oídas las palabras del Ministro y la esperanza que en ellas ha puesto el país. Girón sabe bien lo que puede hacerse y lo que no puede hacerse en cada coyuntura. Conoce también las dificultades y las resistencias que hay que vencer en cada caso y está acostumbrado a cumplir lo que promete. Las obras seguirán a las palabras y, por ello, debemos estar todos dispuestos, bien dispuestos, a cooperar al logro de la gran tarea que se nos anuncia. Está en juego el bien común, ya que una vez resueltos estos tres problemas, la solución de los restantes vendrá por añadidura. Por lo que a nosotros respecta, estamos preparados para prestar nuestra colaboración, no ya en la medida de nuestras fuerzas, sino más allá de la medida de nuestras fuerzas; en la medida más alta que como españoles nos corresponde en esta tarea para la que el Caudillo, por medio de su Ministro Girón, nos convoca a todos.



*El pintor madrileño, Arellano, descubrió a las flores que es descubrir la primavera a la edad de 36 años. Siendo, ya tarde, se dió muchas prisas para inmortalizarlas.*



## FLORES MADRILEÑAS EN LA HISTORIA DE LA PINTURA



«**H**OMBRE de buena razón y temeroso de Dios», fué el pintor Juan de Arellano, y quien así lo dice, Palomino, fué cronista fiel de vidas y obras.

Nació nuestro artista en la villa de Santorcaz —tan perdida—, y buenos apuros pasó en su vida primera hasta que su mano se atrevió un día a colocar varias flores en un vaso de barro, que luego se fué agrandando, y se trocó por vidrio hasta pasar a cestillo y cesto. Juan de Arellano, madrileño de limpio origen, nos enseñó, en tiempos no demasiado amables, el valor de los pétalos. El fué quien en nuestra pintura comenzó a conocer bien las flores, a disponerlas, y de tal suerte que hoy sus modelos y composiciones son la cita mejor que puede tener un bello florero.

Curiosa es la vida de este pintor, famoso en la historia de la pintura por pintar

sólo flores. Quedó huérfano a la edad de ocho años por muerte de su padre, y su madre, doña Ana García, «de puso a aprender» el arte de la pintura con un oscuro artista de Alcalá de Henares, el cual, en lugar de enseñar al pequeño el arte del dibujo y de la composición, le utilizó de recadero, enviándole a pie a Madrid, donde el chiquillo hacía noche en las gradas de San Felipe, en el gran mentidero nacional. Allí, en lugar y gala de ingenio, se discutían los conceptos de Góngora, las burlas de Quevedo, la tristeza del Rey Poeta y las campanadas de San Plácido. En las gradas de San Felipe tuvo Juan de Arellano buen aprendizaje, como quien oyó comentar el soneto a la muerte del melancólico Felipe IV, y las andanzas del Conde de Villamediana, aquel que, teniendo casi todo, escribía triste, con honda tristeza española :

*Cesen mis ansias ya desengañadas  
del prolijo anhelar de mis porfías ;  
cesen aquí las esperanzas mías,  
desmendidas primero que formadas.*

Del famoso Conde oyó hablar mucho el pintor Juan de Arellano, de sus amores «reales», del incendio en el Retiro, de su muerte..., pues las gradas de San Felipe estuvieron también luego muy cerca de su casa cuando casó, primero, con doña María Vanela, y en segundas nupcias, con doña María de Corcuera, natural de Madrid y parienta de Juan de Solís, pintor con el que trabajó algún tiempo nuestro artista.

Juan de Arellano, en tiempos poco propicios para flores, enseñó a los españoles a amarlas, y a tal grado llegó su perfección artística en el tema, que hasta las iglesias y conventos las tuvieron por ornato, sin otro elemento que el propio y lírico que ellas mismas encerraban. Más de cuarenta lienzos dicen que poseía el Conde de Oñate del pintor madrileño para adorno de su palacio, y en las casas principales —a igual que

hoy— un «florero» de Arellano era prueba de buen gusto pictórico y sospecha de recitación de versos.

No tienen las flores que pintó Arellano el empaque rotundo, gozoso y casi carnal que tuvieron las de los maestros flamencos o el buen artificio que más tarde darían al tema los maestros franceses. Las flores de Juan de Arellano, las flores madrileñas del gran pintor, eran flores humildes, de orillas del Manzanares, de las vegas del Jarama, alguna traída, muy de prisa, de Aranjuez, pero casi siempre son sencillas, tanto como aquel que las pintaba.

El gran mérito de la pintura española acaso sea el de la medida y el de la geometría, en contra de la creencia de los que opinan que es la pasión. Los «floreros» de Arellano son eternos por su buena medida, por su acertada composición, porque todo en ellos está en orden, en perfecto orden, como un «bodegón» de Zurbarán o una composición de Sánchez Cotán. El pintor madrileño descubrió a las flores —que es descubrir a la Primavera— a la edad de treinta y seis años. No nos dicen las crónicas si fué al compás de un buen amor ; pero el caso es que, aun siendo tarde, se dió mucha prisa para dejarlas inmortalizadas con su pincel, casi en un fatal, como si fueran flores que por su rareza y humildad merecieran la inmortalidad. El las conocía bien, y gustaba de irlas escogiendo en las tardes malvas, teniendo por telón final el horizonte del Guadarrama, mientras en las gradas de San Felipe se hablaba de otras extrañas flores de allende los mares, que nadie conocía, pero que atraían a los curiosos más que éstas que pintó Arellano y que, así, las salvó para siempre. Sus flores madrileñas encierran una triste lección en la pintura, y fuera de la pintura, donde han quedado presas como en las páginas de un libro.

M. SANCHEZ-CAMARGO



*Navalcarnero, Illescas, Aranjuez, Colmenar y otras poblaciones,*  
**ABSORBERAN LA INDUSTRIA PESADA  
DEL CENTRO DE LA NACION**

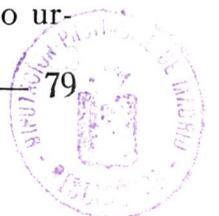
**De treinta a cincuenta kilóme-  
tros de la capital se desarro-  
llarán los futuros complejos  
industriales**



**La transformación de la pro-  
vincia de Madrid será un hecho  
tangible y beneficioso**

**E**L tiempo habla en favor de la provincia madrileña. La provincia ha dejado ya de ser un ente estrictamente jurídico, creado por la Ley, sin profundo sentido étnico. Las necesidades vitales de la Nación le han dado estructura y profundidad, derecho de ser por propio valor y por lo que de mejoramiento en todos los órdenes puede representar y ya representa.

Decimos esto mirando el porvenir urbanístico e industrial de nuestro suelo. Hasta que la industria ha sido relativamente potente, su desarrollo se ha realizado junto al incremento ur-



bano que, a su vez, venía impulsado por las óptimas condiciones de la superficie en que se afinaba. La costa, los ríos y los transportes decidían este desarrollo. Así han sobrevenido, ya amenazadoramente, esos complejos industriales alrededor de poblaciones tan importantes como Barcelona, Bilbao y Madrid, complejos industriales que actúan como un dogal, cada vez más fuertemente apretado, que, de no poner remedio y pronto, producirá el colapso del cuerpo urbano, su asfixia.

De ahí que el técnico, el urbanista, el legislador miren, no ya la ciudad, sino la provincia, considerándola como un ente capaz de resolver tan arduos problemas.

Y como estamos en Madrid, hablaremos de él. Voces autorizadas se han alzado en contra de la industrialización de la capital de España. Al decir «industrialización» no nos referimos a aquella que la misma ciudad necesita para su conservación: la demandada por el crecimiento vegetativo de sus habitantes y por el natural aumento de población como sede de los más altos órganos de gobierno de la Nación. Incluso contando, como se cuenta, con el chorro de la constante irrigación que supone la inmigración absentista. Señalamos nuestro criterio contrario —siguiendo el expuesto por aquellas autoridades— al incremento del número de habitantes precisamente por la instalación de grandes industrias dentro del área de Madrid. Y sin embargo, la facilidad que brindan los transportes, tal y como actualmente están trazados, no puede ser desperdiciada en un momento como éste, en que se inicia para España la gran fase de su industrialización. El sistema de vías radiales que imperaba en el pasado siglo, mirando más bien a un sentido utilitario militar, ha hecho de la provincia de Madrid uno de los más importantes núcleos para el desarrollo de aquella industrialización. Decimos de la provincia y no de la ciudad, porque el casco urbano de Madrid, con sus ampliaciones previsibles y necesarias, debe quedar para la vida propiamente dicha de la capital de España y de sus altos servicios.

## LA INDUSTRIA, DE 30 A 40 KILOMETROS DE MADRID

Así, ya el urbanista y el legislador miran a núcleos que respondan a las nuevas exigencias de la gran industria, prudencialmente distantes de la capital —de treinta a cincuenta kilómetros—, con facilidades para la obtención de agua, el transporte, el saneamiento, la construcción de poblados y, en fin, adaptables a la evolución que se acomete.

Y si examinamos el mapa de la provincia madrileña, vemos que a estas premisas responden con holgura poblaciones como Alcalá de Henares, Aranjuez, Colmenar, Navalcarnero, Villaverde e Illescas.

Pendiente de estudio y deliberación de las Cortes se halla la nueva ley del Suelo; en su proyecto —publicado intensamente en la Prensa— ya se vislumbra la preocupación por problemas de este orden al crearse organismos adecuados para resolverlos. La Diputación figura en primer término.

La consecuencia lógica de esta profunda transformación es el viraje que en todos los órdenes va a producir en las citadas poblaciones; pero, además, en las otras ya cercanas, lo que provocará una enorme superación física, económica y social de toda la provincia madrileña. Se llegará, no lo dudamos, a ese grado de florecimiento para la provincia de Madrid que hemos observado en otras.

El hombre no puede hacer más por su esfuerzo. Tenemos encima esa muralla granítica, la Cordillera Cantábrica, que impide el bienhechor riego de la lluvia y convierte en estepa el campo castellano. Eso lo decimos ahora y puede que, a medida que la ciencia avance, y lo hace irresistiblemente, este mal de hoy se convierta en una bendición. De todos modos, damos siempre gracias a Dios porque nos permite luchar por nuestro propio bien. Se acercan etapas de esfuerzo y de trabajo, pero etapas de riqueza y de grandes beneficios para la hasta ahora pobre provincia de Madrid.

FRANCISCO HERNANDEZ MORCILLO

## LA VOZ DE TODOS LOS TIEMPOS

Al Excmo. Sr. D. Juan Ignacio Luca de Tena,  
que ha recordado recientemente un famoso artículo.  
En agradecimiento.

NO hay muchos centenares de metros entre el antiguo Fornos y la Gran Vía. Esta desplazó aquel trozo pintoresco del 1900, en que cantaban con aire zarzuelero aquello de: «... Salí de Fornos y en el Casino dieron las cuatro...»

Ya no existe el clásico café. El bar —la barra— americano irrumpió como una tromba, rompiendo antiguos moldes, sobre las modas de antaño, y transformó, nada más que aparentemente, aquellas viejas costumbres que, al decir de nuestros abuelos, tenían otra solera más en consonancia con nuestra idiosincrasia.

Pero nuestros abuelos pasaron. Ayer no es hoy... Y sobre el fondo de nuestra ciudad, como de todas las ciudades, queda un conjunto amalgamado de lo bueno y lo malo, lo feo y lo bello, lo justo y lo injusto, lo plebeyo y lo señorial... De la bondad, del mal y de lo abyecto que nos rodea, con esa eterna lucha entre el cuerpo y el espíritu, en constante batallar, buscando al fin el Bien como meta de nuestra propia conciencia.

La más cara aspiración de nuestro ser consiste en sabernos elevar sobre nuestras maldades, para disculparlas, si no tenemos la suficiente fuerza espiritual de aborrecerlas.

Para ver la ciudad en cuanto la ciudad tiene de espiritual, hay que mirar al cielo con más fervor que al asfalto. El sentido de hormiguero humano que la civilización nos brinda cuenta muy poco en la curva azul del Universo.

Veamos con ojos de carpintero —que decía Galdós— lo que pasa por la ciudad y, remontándonos al café de Fornos, oigamos una autorizada voz de aquellos tiempos.

«Bajaba hasta la calle, como catarata de la orgía, el estruendo de aquella dorada locura que allá en lo alto, en el confortable rincón del restaurante a la moda, se anegaba en «champagne» y se ahitaba de besos, de trufas y de ostras.»

En esa hora de la tarde propicia al pecado y a la confidencia, la Peri, Luchi, Polito y Cisneros siguen viviendo hoy, cambiados por la moda, no por las costumbres. Y en los recovecos de la cafetería, en la animada tertulia del Club, en el «hall» del Hotel aristocrático o en la taberna elegante, donde ahora no es extraña la presencia de la mujer de cualquiera condición, o en el perdido tugurio de una calleja de nuestros días, puede volver a resonar la voz dulce, amorosa, única, magnífica, aleccionadora, que, dejando tras sí una estela de luz, diga como entonces:

«Soy la voz de todos los dolores, el eco de todos los torrentes, la sombra protectora de todo lo que cae, la última esperanza de todo lo que va muriendo... Soy también el amor que redime, soy la Humanidad que perdona, la mansedumbre que no se cansa, la llama que conforta y no quema... Soy el que nunca muere, el que nunca pasa, el que se alegró en Galilea y sudó sangre en Jerusalén... El que perdonó a la adúltera, el que curó al leproso, el que confundió al Fariseo, el que templó su sed en el agua de la Samaritana. El que dijo al rico codicioso: «Deja tu casa y tu heredad y sigue mis pasos». El que enseñó al pobre a vivir contento con sólo el pan de cada día; el que perdonó las injurias, el que convirtió su cuerpo en pan de las almas, el que dijo: «Perdonadles, que no saben lo que se hacen». Y redimió con su sangre divina el pecado mortal del hombre... Soy Cristo... Abrázame...»

Bajo la campana azul del cielo madrileño la Gran Vía es una sucesiva coloración de sombras, a las que a la caída de la tarde cubre una lluvia multicolor de neon. Si recogemos los motivos secretos de cada uno de sus trozos, formaremos un mosaico a modo de empedrado de ciudad cosmopolita.

La Gran Vía de hoy es como una muchachita pizpireta puesta de limpio, que evoca melancólicamente los lejanos tiempos de un Madrid pequeño, dicharachero, alegre, castizo y un tanto cochambroso, porque la higiene de entonces no contaba con cuartos de baño, duchas eléctricas, lavadoras mecánicas ni otras innovaciones de los tiempos de hoy.

Pero esto no mató aquello. Cada día trae su afán. Y sobre el fondo más o menos bello de una época que pasó, las figuras de nuestro tiempo pueden rememorarse en un cálido diálogo sentimental. Han cambiado las épocas, han variado las costumbres. El ayer parece hoy ridículo y es de mal gusto tomarlo en serio. Nos denigramos al resucitar algún formulismo de nuestros antepasados en cualquiera de los actos de nuestra vida. Eso es «declassé». Lo antiguo carece de valor, sin pensar que vivimos de historia y la civilización es la quintaesencia de la Historia.

Mientras quede en el quicio de un portal un pobre por socorrer, mientras haya un enfermo a quien poder curar, un triste sin consuelo, una culpa sin perdón y una mujer capaz de redimirse por el aliento y la mano generosa de un semejante que lleve en su corazón el tesoro de bondad que, por imperfectos o malvados que seamos, permanece oculto en el fondo de nuestro ser, continuarán resonando lentas, precisas, implacables, las bellas frases de «Cristo en Fornos».

«La hora presente es casi igual a aquella terrible y suprema en que fui llevado hasta el Calvario... El egoísmo, la ambición, la soberbia y el orgullo humanos se pasean frenéticos por el Mundo... Vuestros corazones están mucho más fríos que el triste cuerpo de Lázaro. Los de arriba cabalgáis sobre los siete pecados capitales. Los de abajo sólo ponen sus esperanzas en el odio que envenena y en la dinamita que mata. Mientras vosotros os prostituíis en la carne y en la lujuria, a vuestro lado, sobre las aceras de la calle, hay niños que lloran de hambre y frío; mientras vosotros entonáis el himno de la locura envilecida, allí abajo hay otros, otros locos que esperan la hora de suprimiros. ¡Y es tan fácil tener caridad y es tan dulce sentir Amor! Venid a mí; yo perfumaré vuestras almas con la flor mística de Sión; yo trocaré vuestra lascivia en suave llama del espíritu; yo fertilizaré la tierra seca de vuestros corazones agotados; yo daré de beber a vuestros labios sin calor la sangre ardiente de mi costado herido... Venid... ¡Soy la única esperanza!»

«Fuera! ¡Fuera!», volverán a clamar, hoy como antaño, los que sus corazones permanecen mudos y yertos ante la sublime voz; pero seguirá envolviendo el Mundo y sus pecados, hoy como entonces, el rastro de luz y redención que al pasar nos dejó, como legado eterno, el Desconocido.

MARY LUZ MERELÓ BURELL.

## DOS FIGURAS UNIVERSALES EN EL "DÍA DE LA PROVINCIA"

LA anual celebración del «Día de la Provincia», que va acumulando los más resonantes éxitos en su brillante ejecutoria, ha de revestir este año una excepcional importancia en la histórica ciudad de Alcalá de Henares.

Este fausto acontecimiento en el ámbito cultural de la provincia se producirá a consecuencia de la feliz iniciativa del notable escritor, poeta y periodista don Manuel Pombo Angulo, que ha encontrado un eco de acendrada simpatía en la Diputación Provincial madrileña, presidida por el ilustre prócer don Mariano Ossorio, Marqués de la Valdavia.

En este memorable acto se glosarán, por intelectuales de relieve mundial, algunas de las facetas que brillan imperecederamente en las grandes personalidades de Cervantes y de Cisneros, máximos prestigios, dentro de sus respectivas esferas de actividad, que han envuelto el nombre de la provincia de Madrid en la eterna luz de la fama universal.

En cuanto afecta a Cervantes podemos afirmar que, a pesar de haber transcurrido trescientos cuarenta años desde la fecha de su extinción corporal, sigue siendo una actualidad permanente en la memoria de todas las generaciones que le han sucedido. Eruditos, escritores y fervorosos cervantistas, llevados por el irresistible impulso de su admiración hacia el Príncipe de los ingenios españoles, estudian constantemente sus obras y emiten, con la natural diferenciación de juicios que distingue a toda clase de apreciaciones críticas, sus diversas opiniones. Unos, sugestionados por la magnificencia externa de la producción cervantina, se deleitan con el singular encanto de su prosa, cuyas maravillosas bellezas estilísticas alcanzaron un éxito inusitado en el mundo literario de la época en que se produjeron; otros, con afán inquisitivo y escrutador, intentan descubrir en la totalidad de la obra de Cervantes, principalmente en el *Quijote*, un sentido recóndito, esotérico, lleno de tupidas nebulosidades, producidas por el imperio insoslayable de una serie de circunstancias coercitivas que gravitaban sobre el pensamiento del heroico Manco de Lepanto; algunos intentan adivinar en los principales personajes de su obra capital un simbolismo que retrata, con rasgos suficientemente expresivos, la vida de históricas figuras que descollaron preponderantemente en los tiempos cervantinos.

Ante esta heterogeneidad de juicios antagónicos que ha suscitado la obra de Cervantes, nosotros, respetando ese conjunto de versiones críticas, que revela el vivo interés que inspira la producción del sin par alcañino, creemos, sustrayéndonos a los efectos de laborinticas complejidades interpretativas, que el *Quijote* es una obra clara, tersa y llana, como afirma con su indiscutible autoridad nuestro inmenso polígrafo don Marcelino Menéndez y Pelayo.

No reputamos extemporáneo añadir que, junto a esa diafanidad a que alude el ilustre Maestro santanderino, se proyecta acusadamente en la obra cervantina una cualidad que constituye la auténtica columna vertebral de su intrínseco valor: su filosofía. Esta propiedad, adquirida en la ruda lucha del accidentado vivir de Cervantes, circula torrencialmente por las poéticas venas de su estilo, elevándole a la cumbre más alta de la literatura mundial, sin que se esfumen nunca las puras esencias de su españolidad.

En lo que hace referencia a Cisneros, hemos de destacar que fué, fundamentalmente, una de las más eminentes glorias de la Iglesia española. Su espíritu religioso, agudizado por las austeridades franciscanas, le impulsaba invenciblemente a la vida ascética; pero sus méritos extraordinarios, manifestados desde las primeras fases de su vida sacerdotal, le encumbraron a las más altas funciones de los cargos públicos. Dos veces regente del Reino, su talla de estadista le convierte en un perfecto modelo de gobernantes. Mantiene, firme y enérgico, el inapreciable tesoro de la unidad española, conseguida plenamente por Isabel y Fernando cuando la Patria yacía atomizada en minúsculos reinos. Solamente este lamentable fenómeno histórico explica con triste elocuencia los ocho siglos de dominación árabe.

Pero Cisneros no vivía exclusivamente para el ejercicio de su misión gubernamental. Extendió también sus actividades a la órbita cultural. Por esta razón concentró sus vibrantes entusiasmos en la construcción de la Universidad de Alcalá de Henares, que llegó a ser, merced al habitual dinamismo del genio cisneriano, uno de los centros docentes más famosos en el movimiento general de la intelectualidad.

Sería imperdonable, al hablar de Cisneros, omitir su portentosa edición de la Biblia Poliglota. Es una joya de inextinguibles resonancias universales.

Solamente añadiremos que por cada una de sus obras merece ampliamente que se inmortalice su nombre, porque siguió fielmente, en el luminoso curso de su vida, las leyes de su glorioso destino.

Y en estas dos figuras, muy superficialmente esbozadas, concentrarán su admirativa atención, con motivo de la próxima celebración del «Día de la Provincia», ilustres personalidades de la intelectualidad mundial, cuya presencia en España constituirá un grato recuerdo en los fastos de la historia cultural de la provincia madrileña.

ANGEL BOLADO ALLENDE